

La deuda compromete, obliga. El préstamo es una apuesta sobre el futuro y un cálculo de la confianza abonada. El crédito, "a según", se mide al alza o a la baja.

Trátase de individuo, grupo o nación, nadie es sujeto de crédito sin que medie la confianza que ha de inspirar. El importe del crédito atañe al cálculo de los riesgos y a los plazos de devolución.

La seguridad en esa materia es función de las tasas de incertidumbre que privan en la sociedad. Ampliar su crédito, y por ende aumentar su credibilidad, permiten a una sociedad que reduzca esa incertidumbre, o que la exorcice.

Los mecanismos financieros, la circulación monetaria y el comercio del dinero parecen haber adquirido una autonomía de gran magnitud con una velocidad asombrosa. Se convoca aquí a retomar los hilos de la reflexión acerca de las dimensiones concretas que hacen del crédito, ahora como antes, un hecho de sociedad.

Historiadores, antropólogos y sociólogos examinan las distintas facetas del objeto llamado crédito, en donde se expresan, siguiendo el lugar y el momento, aspectos relevantes de la sociedad y de la moralidad vigentes. Hecho social, el crédito se convierte en un buen revelador de las dinámicas y de las relaciones sociales.

Etnográficos o historiográficos, los estudios aquí publicados enfocan las prácticas de los prestamistas y las de los deudores, las diversas condiciones de su institucionalización -bien codificados o no tanto- y lo que revelan estas transacciones acerca de los ámbitos temporales en donde se activan las relaciones sociales.

Marie - Noelle Chamoux - Danièle Dehouve  
Cécile Gouy - Gilbert - Marielle Pepin Lehalleur  
(coord.)

Prestar y pedir prestado  
Relaciones sociales y crédito en México del siglo XVI al XX

# Prestar y pedir prestado

Relaciones sociales y crédito en México  
del siglo XVI al XX



# Índice

Prefacio .....	9
Presentación. El crédito: necesidad económica, relación social .....	11
<b>I. El crédito del siglo XVI al XVIII</b>	
1. Introducción a la parte histórica, <i>Danièle Dehouve</i> .....	19
2. Contribución a la historia del crédito en la Nueva España (siglos XVI, XVII, XVIII), <i>Jean Pierre Berthe</i> .....	25
3. El crédito y la agricultura comercial novohispana del siglo XVI al XVIII, <i>Gisela von Wobeser</i> .....	53
4. Un mercado monetario: Guadalajara en el siglo XVII <i>Thomas Calvo</i> .....	61
5. El sistema de crédito al día en los pueblos indígenas durante el siglo XVIII, <i>Danièle Dehouve</i> .....	93
<b>II. Tierra y crédito en el siglo XIX</b>	
6. Iglesia, crédito rural y especulación: estudio de algunos casos en el valle de Atlixco en el siglo XIX, <i>Sylvie Lecoin</i> .....	113
7. Crédito y préstamo hipotecario en una zona cafetalera del estado de Veracruz, durante el Porfiriato, <i>Odile Hoffmann</i> .....	127
<b>III. Prácticas de financiamiento en el siglo XX</b>	
8. Operación del crédito y manejo del riesgo en el financiamiento institucional de la agricultura, <i>Marielle Pepin Lehalleur</i> .....	145
9. Cálculos familiares y estrategias crediticias: tres dinámicas divergentes entre los ejidatarios del Mante (Tamaulipas), <i>Marielle Pepin Lehalleur</i> .....	155
10. Las remesas en dólares: usos y alternativas de financiamiento, <i>Jorge Durand</i> .....	169
11. Jerarquía y deuda en los poblados indios de la Huasteca, <i>François Lartigue</i> .....	181

12. Las artimañas del prestamista y del prestatario: los problemas que plantea el crédito invisible, <i>Marie-Noëlle Chamoux</i> .....	191
13. A poca liquidez, más solidaridad. Producción artesanal en Michoacán, <i>Cécile Gouy-Gilbert</i> .....	211
14. Como evitar el recurso al crédito en un pueblo de artesanos del estado de Guerrero, <i>Marina Goloubinoff</i> .....	225
15. A propósito del crédito invisible, <i>Marie-Noëlle Chamoux</i> .....	235
Epílogo: un enfoque antropológico del crédito <i>Marie-Noëlle Chamoux, Danièle Dehouve,</i> <i>François Lartigue y Marielle Pepin Lehalleur</i> .....	243

## 10. Las remesas en dólares: usos y alternativas de financiamiento

*Jorge Durand*

Cuando el dinero de los créditos de avío agrícola llegaba al pueblo de Copala, Jalisco, el carnicero del pueblo se preparaba para sacrificar una res. Sabía a ciencia cierta que al día siguiente la gente del pueblo comería carne.

Parte del crédito y cualquier financiamiento de procedencia externa se convierte en un recurso para el consumo diario, incide directamente en el nivel de vida de la población, es decir, en el máximo nivel de consumo.

Así ha sucedido con los millones de dólares que llegan cada año de Estados Unidos a las poblaciones rurales del occidente de México. Desde fines del siglo pasado, la principal fuente de financiamiento que tiene la población rural de los estados de Jalisco, Michoacán y Guanajuato es el dinero que envían sus trabajadores migrantes desde los Estados Unidos. La mayor parte de esta cantidad de dólares se destina al consumo de carne, ropa, calzado, útiles escolares, utensilios caseros; contribuye al nivel de vida de la población.

Una vez logrado ese objetivo las remesas se han destinado a cubrir otras necesidades básicas, aunque no indispensables. La inversión productiva es mínima. Sin embargo hay que mirar de nuevo las inversiones de los migrantes; tomar en cuenta el lugar y el momento; las posibilidades de cada población y de cada quién; sumar el esfuerzo de cada uno y evaluar los cambios y progresos en sus ámbitos correspondientes.

Después de 100 años de inversión en el medio rural occidental, los migrantes y sus familias no sólo han sobrevivido a revoluciones, deportaciones, plagas, sequías, crisis y precios de garantía, sino que han contribuido a transformar su medio, urbanizar sus pueblos, dotarlos de servicios y sacarlos del aislamiento. Por añadidura, han sido siempre una de las principales fuentes de divisas que tiene el país.

Sin embargo, no se puede considerar a la migración como la panacea. Los occidentales han tenido que pagar un fuerte costo, que

se traduce en desmembramiento familiar, cambios en los patrones de natalidad y nupcialidad, la redistribución geográfica de la población y la escolaridad; en pérdida de mano de obra; en procesos inflacionarios, sobre todo en salarios, precio de la tierra agrícola y urbanizable; y en otros efectos sobre los ámbitos político, social y cultural.

#### *Salario, inversión y capital*

La sociedad rural del occidente mexicano encontró en la migración internacional una de las principales vías para allegarse recursos que no podía obtener en su medio.

A diferencia de la migración interna, que suele ser definitiva y reditúa poco o nada a la zona de origen (salvo algún incremento en la posibilidad de nuevas salidas), la migración internacional suele ser temporal y estacional y revierte una parte de lo ganado en el exterior a su comunidad de origen.

Mientras la migración rural definitiva se inscribe en la lógica de la proletarianización, la migración temporal se compromete, en gran parte, en un proceso de refuncionalización de la sociedad rural. El migrante que va a la ciudad de México quiere fincar su casa en el Distrito Federal; por el contrario, el que va a Salinas, California, quiere construir su casa en su pueblo de origen.

El primer impacto de este proceso obviamente lo resintió el mercado de trabajo. Los hacendados de la época del peonaje comenzaron a notar que la mano de obra ya no abundaba; es más, algunos de los peones endeudados optaban por irse al norte y así escapar a los eslabones serviles del sistema de endeudamiento. Se dice que si los esclavos negros del sur americano optaban por pasar "al otro lado" para liberarse del amo, los peones mexicanos hacían lo propio para liberarse del patrón (McWilliams 1972).

Obviamente caían en un nuevo sistema de explotación que además iba acompañado de un trato racista, pero la comparación entre las remuneraciones en uno y otro lado no dejaba lugar a dudas. Por un mismo trabajo se ganaba el doble, el triple, el cuádruple o más. Muy pronto los migrantes empezaron a darse cuenta de las ventajas de ganar en dólares y gastar en pesos.

Y así empezaron a llegar las remesas del otro lado. Si las vías del ferrocarril los habían conducido con rapidez hasta la frontera, por los cables del telégrafo se podían enviar con facilidad los giros. Esta inyección de dinero al medio rural fue lo que impactó primero a los observadores externos del proceso migratorio internacional. La prensa provinciana dio cuenta de la nueva situación:

A pesar de las dificultades que se padecen, la emigración de este distrito no ha cesado, principalmente de los municipios de Purépero, Chilchota y Tlazazalca, pues diariamente grupos de tres a cuatro personas toman pasaje en las estaciones del ferrocarril central. Lo demuestra una circunstancia muy especial, antes la oficina de correos de Purépero no era otra cosa que una simple agencia, el año próximo pasado ascendió a administración local y posteriormente se le concedieron facultades a la misma para pagar giros internacionales [...]. La administración tuvo el mes pasado un movimiento de quince mil pesos (*El Heraldo de Zamora*, 11 de agosto de 1907).

Además de confirmar el hecho, el articulista señaló acertadamente un efecto secundario: el cambio y mejora de los servicios de correo y telégrafos en el medio rural, lo que es quizás el primer indicio de una serie de efectos indirectos de la emigración en la modernización y urbanización del medio rural.

Años después llamaría la atención de los políticos, en ambos países, el número de migrantes. México había salido de una guerra civil en la que perdió mucha población, pero la sangría continuaba porque una buena parte de la mano de obra se iba a trabajar al norte.

Don Manuel Gamio (1930) llevó a cabo el primer abordaje científico del tema, utilizando dos técnicas de investigación: la cuantitativa y la antropológica. Sus conclusiones llevaron a dimensionar y delimitar el fenómeno. Un 10% de la población mexicana en edad de trabajar estaba fuera del país. Pero la aportación de braceros provenía de unos pocos estados; en los primeros lugares figuraban los del centro occidente: Guanajuato, Jalisco y Michoacán. Si bien el número de migrantes era significativo a nivel nacional, su concreción geográfica en unos pocos estados incrementaba aún más sus impactos.

En 1931, Paul Taylor proporcionó la visión micro: lo que pasaba en un pueblo como Arandas, Jalisco. Entre los años de 1922 y 1931 llegaron a Arandas 7 678 remesas, en forma de *money order*; supone el investigador que un número semejante de cheques llegaba por correo. La derrama era grande y se gastaba fundamentalmente en el consumo. Pero algunos compraron tierras de haciendas vecinas y otros se hicieron de animales e implementos agrícolas. El momento era propicio para invertir en el campo; después de la guerra cristera los únicos que tenían circulante en la región eran los migrantes y algunos supieron sacar ventaja.

Calcular el monto anual de remesas a nivel nacional es una empresa en la que los resultados siempre serán discutibles; sin embargo, el intento siempre ejerce especial atractivo para los investigadores, de ahí que se hayan hecho varios esfuerzos (Gamio 1930, Díez Canelo 1984, Cornelius 1978). Los cálculos actuales más ponderados los aporta el trabajo de García y Griego y Giner de los Ríos (1985),

quienes afirman que para 1984 se percibieron 1800 millones de dólares, suma equivalente a la que ingresó en el país por concepto de turismo.

Los cálculos a nivel local suelen ser menos discutibles. Para dar una idea, en 1989 ingresaron en los bancos de San Francisco del Rincón aproximadamente 50 000 dólares diarios por concepto de remesas (Durand 1990).

Tal cantidad de dólares es el fruto del esfuerzo y el trabajo diario. Son el resultado de múltiples privaciones y restricciones que tienen que hacer los migrantes para poder ahorrar dinero y enviarlo a sus familias, su comunidad, su país. Pero para poder mandar la primera remesa se han debido sortear previamente una serie de obstáculos.

El primero, obviamente, es conseguir trabajo, lo que no es fácil ni inmediato. Luego hay que pagar los costos del viaje que muchas veces implican préstamos. A eso hay que añadir, en muchos casos, el pago al "coyote" que los ayuda a pasar la frontera: 350 dólares, aproximadamente, lo que equivale a dos semanas de trabajo. En síntesis, el primer mes se va en pagar los gastos y sobrevivir con muchas privaciones.

Al segundo mes se puede ahorrar, trabajar horas extra, o conseguir otro turno. Sin embargo, con el primer envío sucede que, en la casa del migrante, el dinero se va en pagar deudas acumuladas y comprar lo indispensable para sobrevivir.

La salida empieza a redituarse a partir del tercer mes. En un día se puede ganar el equivalente a un salario mínimo semanal, o —incluso— a 8 días de salario mínimo. De ahí que una remesa, aunque sea pequeña, puede rendir mucho.

La diferencia puede ser aun mayor, dependiendo del tipo de empleo, de la posibilidad de trabajar horas extra e, incluso, de laborar en dos turnos o trabajos diferentes.

Además de los condicionamientos propios del mercado de trabajo, entran en juego otros factores: el *status* legal del migrante, su experiencia profesional, su estado civil, la posibilidad de reducir sus gastos en alimentación y de compartir la vivienda. Partiendo de estos factores y del tiempo de trabajo realizado en Estados Unidos, se puede establecer una tipología de la capacidad de ahorro y la probabilidad de mandar remesas.

Para muchos, el trabajar en el exterior es simplemente un salario remunerador. Un salario que le permite pagar los gastos del viaje, enviar una cantidad a su familia, realizar alguna compra y sobrevivir. En este nivel se quedan la gran mayoría de los migrantes, sobre todo los que desempeñan, en una o dos ocasiones, trabajos estacionales y los trabajadores "recurrentes" (Masey, Alarcón, Du-

rand y González 1987), es decir, los que consideran como su tarea habitual ir a los EEUU todos los años a laborar en el campo. El salario les permite ir y volver, además de sobrevivir en los meses en que no hay trabajo.

Para un nivel de ahorro que lleve a una *inversión*, supone más tiempo y esfuerzo y mejores condiciones de trabajo. Sólo después de un año de estancia continua o de varios viajes consecutivos se puede realizar algún tipo de inversión, por lo general la compra de algún terreno, maquinaria agrícola, una casa o un automóvil. Un buen número de migrantes llega a concretar algún tipo de inversión de acuerdo con sus necesidades y alternativas. Por lo general, los migrantes no hubieran podido lograr ese objetivo trabajando en su medio.

El tercer nivel sería el de llegar a invertir un capital. Lograr concretar no sólo una inversión, sino una inversión productiva. La proporción de migrantes que puede llegar a este nivel es reducida por varias razones. No sólo se trata de ahorrar una cantidad sino de invertirla productivamente y de que existan las condiciones mínimas para que pueda realizarse. No es tanto una diferencia cuantitativa como cualitativa con respecto al nivel anterior. Por ejemplo, una casa puede ser destinada exclusivamente a vivienda, pero para otros tiene varias funciones, como la de albergar una tienda o un taller.

Los migrantes que pueden aspirar a éste nivel tienen que pasar varios años en Estados Unidos o realizar numerosos viajes. Pero de este grupo un gran porcentaje dirigió sus inversiones al país de acogida: son los que quieren quedarse a vivir allí. Por tanto, si el contingente ya era limitado, en esta etapa se ve reducido a la mitad por el cambio de propósito que toma la inversión, por lo menos a mediano plazo, ya que muchos migrantes jubilados optan por vender sus propiedades y pasar la vejez en su pueblo de origen.

No es fácil convertir una suma de dinero en capital productivo. Hay condicionamientos en la propia realidad económica nacional y en la concreción local. La alternativa agrícola es limitada, aunque se han dado casos exitosos de inversión de capital en productos comerciales. La opción comercial en los pueblos está casi en su punto de saturación y las opciones industriales —pequeña industria— tienen que conjugar varios factores.

También existen limitaciones personales; la más común es la edad. Después de 20 años o más de trabajo, el migrante que potencialmente podía capitalizar regresa a su pueblo para descansar, no para invertir en un negocio desconocido, pesado y azaroso.

A pesar de todas estas condicionantes podemos encontrar a lo largo de la historia migratoria del occidente mexicano un buen nú-

mero de inversiones, incluyendo las productivas. Una relectura de lo que han sido cien años de financiamiento al medio rural por la vía migratoria puede resultar ilustrativa.

#### *El despegue y la caída (1890-1930)*

La primera etapa comprende las últimas décadas porfirianas, la Revolución, la Primera Guerra Mundial, la guerra cristera, el fin de ciclo con la crisis económica de 1929 y la gran deportación.

Como es de suponerse, en esta etapa la mayor parte de las remesas se destinaron a la sobrevivencia. La situación de los campesinos durante la dictadura era lamentable; peor aún lo fue durante los años de revuelta. Según la prensa leonesa, durante esos años la ciudad zapatera se había convertido en una ciudad de desempleados y el único alivio que tenía la clase trabajadora provenía de las remesas que les enviaban sus parientes desde Estados Unidos.

La década de los veinte abrió un poco las posibilidades de inversión, sobre todo en tierras laborables. En los Altos de Jalisco la guerra cristera colocó en una situación difícil a los grandes rancharos que por falta de liquidez vendieron parte de sus tierras a los únicos que tenían dinero: los migrantes (Martínez 1985). Otros aprovecharon la desintegración de las grandes haciendas para hacerse de sus parcelas, como sucedió en Jalpa (Taylor 1930).

Algunos aprovecharon para hacer plantaciones de agave azul, cultivo que se adecuaba perfectamente con una opción migratoria, porque una vez plantado el agave requiere de muy poco trabajo y se cosecha 8 o 10 años después.

La excepción fue el experimento industrial de don Esaú Luna, arriero que fue a radicar a Estados Unidos y se hizo de dinero y propiedades en un enclave minero de Phoenix, Arizona. Al regresar, años después, porque no quería que su hijo fuera gringo, invirtió en el comercio de ropa; luego, al ver la demanda de overoles, se decidió a fundar una fábrica, que llegó a ocupar 300 trabajadores y utilizar maquinaria importada y que por muchos años fue un éxito.

La etapa termina con la gran deportación y el retorno de cientos de miles de mexicanos a su tierra. Los más afectados fueron los que habían optado por invertir en el otro lado. No sólo perdieron su trabajo, se vieron obligados a malbaratar sus tierras ante el retorno impuesto e ineludible. Los únicos americanos que se opusieron a la deportación fueron los empresarios agrícolas que presagiaban un futuro negro si no podían disponer de mano de obra barata y capacitada para recoger la cosecha. Muy pronto la historia les daría la razón.

Los deportados regresaron a sus pueblos. Unos se ubicaron como operarios de máquinas; los que trajeron coche se hicieron taxistas; otros se fueron a colonizar tierras nuevas proporcionadas por el gobierno. Pero para muchos fue un buen momento para regresar al país; Tata Lázaro había llegado a presidente y empezó en serio el reparto agrario.

#### *La bracerada (1942-1964)*

La Segunda Guerra Mundial volvió a agudizar la necesidad, que tenía el mercado de trabajo norteamericano, de los mexicanos. Por primera vez se firmaron convenios entre los dos gobiernos para organizar la emigración. En los 22 años que duraron los convenios braceros fueron a trabajar al norte como contratados 4 500 000 de braceros y se calcula que pasó otra cantidad igual o mayor de indocumentados.

El gobierno empezó a reconocer públicamente el aporte de los braceros a la economía nacional. Los ejidatarios encontraron en la migración la única forma de obtener recursos para hacer producir sus tierras. Aperos, arados, troncos y bueyes fueron inversiones productivas que contribuyeron a desarrollar la frontera agrícola. Para los que no recibieron o no quisieron recibir la tierra expropiada, el trabajo internacional fue la única forma de sobrevivir y de hacerse de una parcela sin traicionar sus principios (Reichert 1981).

Algunos intentaron invertir sus ahorros en la rebocería, como en La Piedad, Michoacán, pero los tiempos no estaban para rebozos; el país entraba a una etapa de crecimiento y modernización.

#### *Los indocumentados (1964-1980)*

La ruptura de los convenios braceros no detuvo el flujo migratorio, simplemente cambió su *status*: de contratados, los braceros pasaron a ser indocumentados.

En el país, sin embargo, los cambios no sólo fueron formales. A mediados de la década de los sesenta, se inició la crisis agraria y que rebotó en las migraciones internas e internacionales.

El sistema de crédito agrícola se perfeccionó y el Estado asumió un papel prioritario en la economía rural. Fluyeron créditos y se multiplicaron las carteras vencidas. Los migrantes prefirieron invertir en vivienda, en algo seguro, redituable y necesario. Los pueblos empezaron a transformarse. Se construyeron carreteras, llegó la electricidad, se instalaron redes de agua y drenaje.

La vida en los ranchos dejó de ser viable. La necesidad de escuelas y de servicios de comunicación aumentó. Los pueblos gran-

des y las cabeceras municipales empezaron a recibir nuevos vecinos. Los migrantes financiaron en gran parte este proceso de redistribución geográfica. Algunos pueblos se convirtieron en ciudades medias prósperas y caóticas.

Los migrantes participaron de manera activa en el proceso de modernización y urbanización del medio rural. Ellos más que nadie querían una carretera para llegar a sus pueblos a bordo de una camioneta con encargos y regalos. Ellos insistían en la necesidad de un servicio telefónico para estar en contacto con sus familias. Sus remesas fueron motivo suficiente para justificar una o más sucursales bancarias. Agua potable, electricidad, drenaje, pavimento, edificios públicos y religiosos cobraron su cuota en "migradólares".

Las décadas de los sesenta y setenta fueron tiempo de retorno para muchos migrantes que tenían años trabajando en el norte. Algunos se fueron a instalar a otras ciudades, como Guadalajara o León, pero muchos volvieron al pueblo, con dinero y recursos. Su llegada motivó nuevas salidas.

Hasta que llegaron los ochenta. El dólar a 25 pesos no resultaba redituable. Muchos empezaron a hacer cálculos y ver las posibilidades de regresar. En México se podía ganar igual o más si se conseguía un buen trabajo y algunos optaron por invertir sus ahorros en la compra de una plaza. Las que tenían mayor demanda eran obviamente las de PEMEX, la Comisión Federal de Electricidad y otras empresas, sobre todo transnacionales.

Pero la ilusión duró poco; el tiempo despejó la niebla en el panorama y dejó ver las fisuras de nuestra economía fincada en la ilusión petrolera. El dólar saltó a 40 pesos y luego a 70 y aún más. La emigración volvió a ser redituable, sobre todo porque empezó a crecer el desempleo. Otra vez los migrantes se comprometían a solventar la crisis, a apoyar a los que se quedaban, a invertir cuando nadie quería hacerlo, a traer dólares cuando otros los sacaban.

#### Salidas a la crisis

La década de 1980 está marcada por un hecho insólito. Estados Unidos empezó a hablar de que había "perdido el control de sus fronteras", e intentó solucionar el problema aplicando la ley Simpson-Rodino. La ley (IRCA) contemplaba una amnistía condicionada. Cerca de dos millones de mexicanos están actualmente en proceso de regularizar su situación migratoria. Otros 800 000 se han inscrito en el programa de trabajadores agrícolas especiales (SAW).

Forma curiosa de solucionar una amenaza. Los indocumentados pasaron a ser documentados y tienen posibilidades de naturali-

zarse americanos. Al parecer, un efecto inmediato de la ley ha sido fomentar la emigración y la reunificación familiar; otro ha sido el retorno masivo de mexicanos durante las vacaciones.

El regreso de cientos de miles de mexicanos que hacía años no volvían a su tierra ha sido ocasión para considerar nuevas posibilidades de inversión. Algunos han encontrado un nuevo panorama en sus pueblos: la existencia de diversos tipos de pequeñas industrias y maquilas. Y es que en muchos pueblos del occidente se han empezado a confeccionar pantalones, chamarras, vestidos, conjuntos, ropa deportiva, medias, suéteres, zapatos, tenis, sombreros, esferas navideñas, adornos de migajón o parafinados, rosarios, manteles y servilletas, muebles, maquinaria hechiza y una amplia variedad de productos alimenticios (Arias 1990).

Los pueblos del occidente asisten a una profunda transformación, acelerada por la crisis, pero también porque se está imponiendo un nuevo modelo de industrialización de bienes de consumo que aprovecha la mano de obra local *in situ* y las ventajas del medio rural.

Hasta el momento han sido las mujeres las que han participado mayoritariamente en este proceso, como mano de obra barata y dócil, y como dueñas o encargadas de talleres o maquilas. Los migrantes no se han quedado atrás. Ahora sí reditúa comprar unas máquinas de coser o tejer, poner un taller o instalar un negocio en relación con la nueva actividad industrial. Y han empezado a invertir en actividades productivas, así como también en las pecuarias, porque, como ya es tradicional, los migrantes son muchas veces los únicos que pueden disponer de dinero en efectivo (Durand 1988).

#### Conclusiones

Afirmar que los migrantes han consumido, en las últimas décadas, miles de millones de dólares y que no han invertido en actividades productivas es una generalización que tiene que ser matizada. Se ha constatado que la mayor parte de las remesas se destinan al consumo, muchas veces de artículos innecesarios y suntuarios, pero ésa no es toda la verdad y sobre todo es una visión que se hace desde fuera.

Cuatro extensiones telefónicas en la casa de un migrante quizá parezcan excesivas, pero también puede encontrarse una razón. Resulta que en esta casa, cuando se habla por teléfono a Estados Unidos, cada pariente emplea una extensión y así todos pueden disfrutar de la llamada. Por lo pronto, habría que preguntarse qué tan suntuario e innecesario es este tipo de consumo.

Los migrantes que están en condiciones de realizar una inversión productiva son una minoría y además deben superar los con-



dicionamientos propios del medio. No en todas las épocas, ni en todos los lugares, ni todas las personas pueden realizar inversiones productivas; si no existen estas alternativas, el dinero se gasta o se guarda, como hace todo el mundo.

Si bien las remesas tienen muchos elementos en común, el análisis indistinto de ellas conduce a una serie de simplificaciones. Habría que distinguir cuándo una remesa es simplemente una parte del salario ganado en el exterior, cuándo constituye un proyecto de inversión y en qué momento se convierte en una inversión de tipo productivo.

Por último, una revisión diacrónica en las inversiones de los migrantes y en los condicionamientos de cada lugar permite descubrir una serie de efectos secundarios o indirectos que han sido relevantes y significativos para un mejoramiento en las condiciones de vida en el medio rural. El impacto de la emigración en los procesos de urbanización ha sido constante a lo largo de este siglo. En cierta época, marcó la agricultura y después afectó el equipamiento urbano. Actualmente, el desarrollo de la pequeña industria está ligado a la emigración y puede convertirse a corto plazo en un factor que favorezca el regreso, además de contribuir a la creación de nuevas fuentes de empleo.

## Bibliografía

ARIAS, PATRICIA

1990 *Nueva rusticidad mexicana*, tesis de doctorado NR en geografía, Universidad de Toulouse, Le Mirail.

CORNELIUS, WAYNE

1978 "La inmigración ilegal mexicana a los Estados Unidos: conclusiones de investigaciones recientes, implicaciones políticas y prioridades de investigación", en: *Foro Internacional*, núm. 71, El Colegio de México, México.

DIEZ CANEDO, JUAN

1984 *La inmigración indocumentada a los Estados Unidos*, FCE, México.

DURAND, JORGE

1988 "Los migradólares", en: *Argumentos*, núm. 5:7-21, UAM-I, México.

1990 "Guanajuato, cantera de migrantes", en: *Encuentro*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara.

*El Heraldo de Zamora*, año 1907.

GAMIO, MANUEL

1930 *Número, procedencia y distribución de los emigrantes mexicanos en los Estados Unidos*, Talleres Gráficos de la Nación y Diario Oficial, México.

GARCÍA Y GRIEGO, MANUEL Y GINER DE LOS RÍOS (comps.)

1985 *México-Estados Unidos*, El Colegio de México, México.

MARTÍNEZ, TOMÁS

1985 "Los impactos políticos y económicos de los emigrados en Jalisco: el caso de Arandas, Jalisco", en: Sergio Alcántara y Enrique Sánchez (comps.), *Desarrollo rural en Jalisco: contradicciones y perspectivas*: 123-134, El Colegio de Jalisco, Guadalajara.

MASSEY, ALARCÓN, DURAND Y GONZÁLEZ

1977 *Return to Aztlan*, California University Press, Berkeley.

MCWILLIAMS, CAREY

1972 *Al norte de México*, Siglo XXI, México.

REICHERT, JOSHUA

1981 "The migrant syndrome", en: *Human Organization*, 1981, núm. 40: 56-66.

TAYLOR, PAUL

1933 *A spanish mexican peasant community: Arandas in Jalisco, México*, University of California Press, Berkeley.